



## Capítulo 13

# Del Viento, el Poder y la Memoria

Materiales para una lectura crítica  
de Miguel Gutiérrez

Cecilia Monteagudo | Víctor Vich  
editores



Pontificia Universidad Católica del Perú  
FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: octubre de 2002

*Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez*

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

Fax: 330-7405

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-4572

ISBN: 9972-42-503-7

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## EL VIEJO SAURIO SE RETIRA (1969)

GUTIÉRREZ: UNA PICAESCA PIURANA

por José Miguel Oviedo

AUNQUE HASTA AHORA no había publicado un solo libro, Miguel Gutiérrez —nacido en Piura, hoy al borde de los 30 años— había sabido crear, alrededor de él, una cierta expectativa como narrador. Era una *promesa* de la que se hablaba mucho, pero apenas conocida por un cuento y capítulos de dos novelas distintas, publicados en revistas nacionales. Desde hace algún tiempo se esperaba la aparición de *Matavilela* (vasta novela que tiene en originales unas 600 páginas) con el interés con que todos aguardan el surgimiento de una nueva figura que impulse el entrecortado proceso de la novela peruana actual. Sin embargo, Gutiérrez no lanzó la anunciada *Matavilela*, sino otra novela más breve, que se iba a llamar (con despiadada ironía) *Ejercicios espirituales*, pero que se tituló definitiva y misteriosamente *El viejo saurio se retira*.<sup>1</sup> La novela no quiere agradar, sino irritar y no cuesta nada imaginar que sobre ella se cernirá el escándalo: es agresiva, desatemplada, insolente, injuriosa y cargada de veneno desde el epígrafe: «si vas a Piura: la gonorrea es muy segura (anónimo, s. XVII)». Piura, como se ve, es el primer objeto que quiere aniquilar, pero el ánimo flamígero se extiende a zonas más amplias: la letal vida de provincia, las mentiras institucionales, la corrup-

<sup>1</sup> GUTIÉRREZ, Miguel. *El viejo saurio se retira*. Lima: Milla Batres, 1968.

ción social, la educación religiosa sobre todo. Construir una novela con tanto descaro y tanto ardor acusatorio es el ambicioso propósito de Gutiérrez. No es poco para un primer libro ni deja de constituir material interesante para la crítica.

La novela está centrada en las vidas de un grupo de colegiales piuranos, especialmente en las de Rodolfo y Muelita Rodríguez; a través de ellas, se muestran todos los grados agudos (y previsibles) de libertinaje adolescente: sexualidad desatada y perversa, iniciaciones prostibularias, lenguaje torrencialmente procaz, absoluto desprecio por cualquier cosa que no sea su propio derecho a la vagancia y al desorden vital. Este retrato de una descarriada juventud piurana configura el plano más notorio en el que transcurre la novela; pero aparece enriquecido y ampliado por otros dos planos narrativos. Enriquecido, primero, por una circunstancia contradictoria: la acción ocurre justamente en los pocos días en que se supone a los muchachos en plenos ejercicios espirituales dentro del colegio; sus actos, sus borracheras, sus ritos de machismo, sus infamias, cobran así el sentido de una salvaje negación (más que de una rebelión, inconcebible en ese clima totalmente desalmado) de las vacías formas de religiosidad que les imponen. Y ampliado, luego, porque el feroz exhibicionismo juvenil tiene un trasfondo: se erige, a la vez, como una apoteosis y como una burla de los hábitos morales de la sociedad piurana, cuna tradicional (según el autor y según una larga mitología popular heredada no sin secreto orgullo) de la lujuria provinciana.

Nadie se salva de esta maldición carnal que se comenta viciosamente en los bares y dormitorios de la ciudad. El cura Gaspercha tuvo relaciones con Herminia, cuando, como joven hermano, acababa de llegar a Piura y trataba de protegerse místicamente de la pecaminosa atmósfera de esta «aldea polvorienta, rodeada de médanos, atravesada, como diría años después en un sermón, de sierpes y saurios, y sobrevolada por gallinazos más negros que su propia sotana»; por todas partes corre el rumor y la vergüenza de familias sifilíticas, de incontables hijos ilegíti-

mos o anormales, de relaciones escabrosas; los mismos protagonistas están atrapados por una fatalidad incestuosa (Muelita conoce desde temprano las ardorosas prácticas de su tía Blanca; más oscura es la pasión de Rodolfo por su hermana Magali, pues ambos asumen simbólicamente la presencia de Fifo, el idiota engendrado en las fogosas correrías de su padre, como «el fruto de nuestro pecado»). Edipos, sátiros y degenerados (escondidos estos por las familias licenciosas en el último rincón de las casas) pueblan la incontinente Piura que Gutiérrez recobra, del fondo de sus propias memorias adolescentes, como una versión moderna y local de Sodoma y Gomorra. Pero la visión se enturbia aún más cuando se revelan todas las connotaciones freudianas que arrastra el asunto, y Eros se encuentra con Tánatos: cuanto más imperioso es el ejercicio del sexo, más terror invade a los personajes y a su pandilla, porque los angustia la muerte accidental de dos compañeros de juega (el Pavudo Saldaña, héroe indiscutido del grupo, y Lucho, hermano de Muelita, ahogados, cinco años atrás cuando el primero intentaba salvar al segundo), y los ecos apocalípticos de los sermones de Gaspercha, que los amenaza con la ruina de la carne y las atrocidades infernales. Quizá por eso, morbosamente, los muchachos se infligen torturas físicas antes de una nueva experiencia prostibularia que solo les provocará remordimientos y tristes confesiones del bochorno familiar.

No es esta la primera vez que se describe la picaresca piurana: el antecedente más prestigioso es *La Casa Verde*. Hay muchos elementos comunes en ambas novelas: el prostíbulo como uno de los centros de la vida y la charla cotidianas; la fascinación erótica que la Selvática despertaba en la novela de Vargas Llosa la ejerce aquí la prostituta que se hace llamar Patricia o María Cecilia; el grupo de Rodolfo y Muelita cultiva una idea de la amistad, la hombría y el sexo comparable a las de los Inconquistables, en *La Casa Verde*; el padre García se parece un poco al padre Gaspercha; la imagen que Vargas Llosa usa para describir el antro («un cuadrado fosforescente reptil») tiene un eco en el título de la novela de Gutiérrez y en las admoniciones de Gas-

percha contra «el viejo saurio escamoso de baba lasciva» que amenaza la moral desde los arenales piuranos; y hasta en alguna página (la 129) se menciona por su nombre a la Manchagueña, bien conocida por los lectores de Vargas Llosa. Este afán de ocupar los territorios novelísticos colonizados por otro autor es tan consciente que no lo consideramos como una huella de un influjo ni menos como una forma de imitación, sino como un índice del atrevimiento de Gutiérrez: su primera novela, temerariamente, sale a medirse con la considerable narración de Vargas Llosa para ofrecer un retrato de la Piura libidinosa (que *La Casa Verde* dio en una clave mitológica) hecho por vía documental y con un realismo de nombres propios. Vargas Llosa no es el modelo de Gutiérrez, sino Oswaldo Reynoso, notorio inspirador de ese grupo de jóvenes narradores peruanos que ejercen la literatura también como un acto de alarmismo. En Reynoso ha aprendido el autor de *El viejo saurio* el placer de la acritud, el regocijo en la descripción de mundos abyectos, el gusto espeluznante en hinchar de lacras el ambiente social hasta hacerlo revelar tragicómicamente, el intenso uso de la jerga y la coprolalia. ¿Funciona con eficacia narrativa ese arsenal explosivo en la presente novela? No consigo compartir el entusiasmo de Washington Delgado quien al presentarla afirma que «[...] destaca frente a sus modelos europeos, o a las semejanzas de su concepción con otras novelas peruanas y americanas, por la audacia de su concepción y la precisa construcción del ambiente social», porque, aún si aceptamos estos méritos, las fallas que se producen por otro lado son muy gruesas. En primer término, la novela está estructurada de manera primaria; o, más bien, poco prolija: da la impresión de haber sido escrita muy de prisa y sin mayores correcciones o, por el contrario, haber sido saqueada por el autor, haber perdido muchos capítulos y quedado muy endeble. Es casi un borrador, impetuoso y desordenado; por eso la acción es confusa, la tensión errática, el interés disperso. Muchas líneas que debieron explotarse narrativamente no cobran relieve, se presentan y luego se olvidan en el camino. El instinto de nove-

lista (que en efecto posee Gutiérrez) llega también a fallarle y reitera aspectos ya bien iluminados, abrevia lo que exigía desarrollo. Por ejemplo, para mí tiene muy poco interés casi toda la masa dialogal de los muchachos en el bar, a la que él concede tanta importancia, quizá porque le permite el uso masivo de la jerga. La literatura justifica las jergas, pero las jergas no justifican la literatura, y en este caso el lenguaje sucio está tan fuera de control, tan en primer plano, que sus efectos casi se anulan: no me ayudan mucho a conocer a los personajes. Porque estos adolescentes se reflejan mejor en sus soliloquios, en esos gérmenes de pensamientos que las groserías quieren ocultar, en las obsesiones que cruzan como ráfagas en sus monólogos. Y no solo los adolescentes: los monólogos de Gaspercha y de Blanca, realizados con mucha habilidad, son los mejores momentos de la novela porque dan una idea muy precisa del tormento que la lujuria provoca en estas almas temerosas del infierno. La transcripción del sermón de Gaspercha es demasiado larga y aburrida, y el recurso para justificar las escenas del bar (la información de que Patricia está *trabajando* en un hotel) es inoperante. Pero aunque partes enteras de la novela no funcionen, Gutiérrez sabe también superar su propia tendencia a la aparatosidad y narrar convincentemente, con fuerza y pasión. *El viejo saurio* está escrita con las tintas cargadas y lapidarias de los *graffiti*: su naturaleza es vedada, impune, blasfema, sacrílega, infamante. Como ocurre con los *graffiti*: su disfrute es meramente local (fuera del contexto peruano, la novela tal vez resulte incomprensible) y momentánea su seducción sobre el lector. Cuando aparezca *Matavilela* podrá saberse si Gutiérrez es capaz de lograr objetivos más profundos y de mayor alcance.

*Dominical de El Comercio*, Lima, 23 de mayo de 1969.